

Pervivencia de mitos y atavismos relacionados con las vacunaciones

“Los avances de la ciencia no se basan en los criterios de una democracia, en la que la posición que más votos recibe o la que más alto grita decide lo que es correcto”. Con esta constatación finaliza un trabajo recién publicado en el que se analizan las repercusiones que a lo largo de la historia ha generado el movimiento de los detractores de la vacunación.

Y es que hoy, en pleno siglo XXI, hay quienes mantienen una firme y pública oposición a las campañas regladas de inmunización, que tiene sus más fieles seguidores entre un amplio sector de la población, que abarca desde los más estrictos ignorantes sobre aspectos relacionados con la ciencia, hasta elementos sociales marginales que emplean de forma deliberada medias verdades, datos falsos e incluso amenazas violentas en sus esfuerzos de oposición a las vacunaciones y de acallar las críticas contra ellos. Como resultado de lo anterior, su actitud consiste en una permanente desconfianza hacia las autoridades sanitarias y hacia los fabricantes de vacunas, cargada de conspiraciones imaginarias, argumentos poco elaborados, razonamientos erróneos y frecuente extrapolación de lo anecdótico a la totalidad. En todo caso, ocasionan graves y costosos perjuicios que alcanzan al bienestar individual y colectivo en forma de epidemias de enfermedades previamente controladas y escasez de dosis por disminución de la fabricación, entre otras.

En la década anterior a la presente, la disminución de la cobertura de la triple vírica tuvo como resultado varios brotes epidémicos de sarampión en Estados Unidos y las Islas Británicas; en Irlanda aparecieron más de 300 casos que tuvieron como consecuencia alrededor de 100 hospitalizaciones y 3 muertes.

Más grave todavía fue el abandono en muchos países de los programas de inmunización de difteria, tétanos y tos ferina (precisamente en un momento en que ésta última había sido bien controlada gracias a la alta cobertura de la población) como consecuencia de manifestaciones públicas y de la masiva credulidad

de la población general acerca de los supuestos riesgos y perniciosos efectos adversos de las vacunas. Como consecuencia, durante los años 70 y 80 del pasado siglo los casos de tos ferina en dichos países llegaron a multiplicarse hasta por 100.

Una generación de padres y sus hijos han crecido atemorizados por los efectos de las vacunas. La consecuencia son los actuales brotes de sarampión y paperas que ya han generado morbimortalidad que nunca hubiera debido producirse.

Frente a esto, los sanitarios debemos mantener nuestro apoyo a las campañas institucionales de vacunación y colaborar en la elaboración y ejecución de estudios de la mayor calidad posible acerca de la utilidad y seguridad de las inmunizaciones. Por otra parte, debemos transmitir a la población general argumentos para desactivar las falacias de los detractores de las vacunas. Por último, debemos aprender a trasladar a los ciudadanos el concepto de la relación riesgo-beneficio de cualquier actividad de salud pública, y ello implica elevar los niveles de educación sanitaria, mediante la colaboración entre las instituciones públicas y las sociedades científicas. Los representantes de la profesión deben reclamar el derecho a responder a tales falacias en los mismos medios en que sean difundidas, y si es necesario entablar acciones legales contra ellas.

No podemos menospreciar hitos históricos como la erradicación de la viruela o el control de numerosas enfermedades epidémicas que antes costaban la vida de miles de personas. Tampoco debemos olvidar que los argumentos de los contrarios a las inmunizaciones no han resistido ni el paso del tiempo ni los evidentes avances de la ciencia.

BIBLIOGRAFÍA

Poland GA, Jacobson RM. The age-old struggle against the antivaccinationists. *N Eng J Med* 2011;364:97-9